

mayor claridad y precisión; cualidades que únicamente podrán ayudarnos a superar la dificultad de verter a un idioma extranjero ciertos términos jurídicos.

Se presenta ahora una cuestión que es necesario afrontar: La de la aplicación de las leyes, que entraña la de su interpretación. El efecto social que aquellas consigan, depende en gran parte de los principios generales que informen estas otras actividades. Es éste el tema del párrafo quinto y forma lo que Boasson llama el "human aspect of the rule of law" (pág. 66).

En la aplicación del Derecho intervienen muchas personas, y no todas con efectos beneficiosos para esta aplicación. Frente a las concepciones de principio de los diversos sujetos, debe el legislador seleccionar, según su criterio, los parciales de los especialistas. Sólo así tendrá el conjunto, la unidad que es esencial para salvaguardar el principio de igualdad ante la ley.

Una nueva cuestión, materia del estudio de Boasson, es la influencia que los ideales individuales ejerzan en la aplicación, e incluso en la elaboración del Derecho. Es importante aclarar cuál puede ser esta influencia, para dejar bien delimitados dos campos cuyas fronteras son tan inseguras en la mayoría de los casos: los campos del Derecho y de la Ética.

El elogio de la hipocresía del párrafo séptimo termina con una afirmación realmente sorprendente: "The Universal Declaration of Human Rights is a docu-

ment which seems to be hypocritical about its own degree of hypocrisy".

Esta declaración nos presenta un segundo grado, por así decir, de hipocresía política, que no es fácil diferenciar del claro engaño.

Los párrafos octavo y noveno se refieren a la violación de la ley y a los límites del Derecho.

Desgraciadamente el párrafo noveno no es muy extenso y deja incompleto el estudio de aquellas cosas que el Derecho no puede hacer.

El párrafo final del libro hace disminuir, hasta casi anular, el optimismo que el lector sintió al principio del libro. "La dificultad, dice Boasson, de una sociología del Derecho consiste en que ésta no es detector lo suficientemente sensible para descubrir la médula de la sociedad, pues no existe en realidad una línea de demarcación, entre esta médula y el resto del cuerpo." (Pág. 117).

Es esta la razón de que el autor al comienzo del libro se declare "moderadamente optimista", en cuanto a la esperanza de hallar una solución.

"No obstante, concluye, el jurista debe ser un sociólogo, en el sentido de que debe conocer las reacciones que regulan la conducta social." (Pág. 118).

F. G. N.

*HENRI DE MAN. "L'ere des masses et le declin de la civilisation". Flammarion, Paris, 1954, 295 págs.—Desde que Oswald Spengler publicó su divulgada*

obra sobre "La decadencia de Occidente", es frecuente encontrar numerosos autores que se preocupan por la crisis y la decadencia de los supuestos y categorías occidentales. Henri de Man se sitúa, en este libro que comentamos, a través de una traducción alemana de M. Delmas, dentro de esta línea. Su método descansa en el análisis sociológico de las manifestaciones más consustanciales al hombre. Es decir, intelectuales, religiosas y artísticas. En términos generales, este ensayo sociológico acerca de nuestra civilización, posee algunas notas interesantes y significa una aportación en cierta medida estimable.

En el primer capítulo trata De Man del concepto de civilización, qué entendemos por civilización y qué representa este término en nuestro techo ideológico. La tesis spengleriana aparece aquí presente: la civilización —entendiendo la europea— se halla en un estado de decadencia que marca el fin de nuestra cultura, conforme un ciclo inmutable. El punto de partida del autor, es idéntico; aunque separando dos grandes concepciones: una concepción unitaria, en que la civilización aparece como proceso global extendido a toda la Historia —concepción optimista—. En la segunda forma la civilización se apoya en el supuesto de que la Historia, su curso, está constituido por la repetición incesante de un mismo ciclo de fenómenos. Ciclos que representan el nacimiento, el apogeo y la

muerte de distintas civilizaciones. Esta postura estaría reflejada en la obra de Spengler.

Ahora bien: De Man, a pesar de su escepticismo, en algunas ocasiones se transforma en un optimista del porvenir y de la salvación de nuestra ideología occidental. Pero las soluciones que se pudieran obtener de su libro no significan nada concreto para la crisis que vivimos.

Otro de los capítulos que integran este ensayo, está dedicado a la evolución histórica de las teorías pluralistas o pesimistas que arriba hemos señalado, es decir a la tesis spengleriana, cuyos antecedentes fueron Vico y Montesquieu. Sigue De Man con una crítica, a nuestro juicio científicamente inexacta, sobre Arnold Toynbee. Es evidente que, a pesar de las divagaciones de Henri de Man, el Comunismo y el Marxismo merecen una atención considerable como ideologías de una vitalidad y persistencia grandes.

Tal vez sea el capítulo dedicado al problema de la masa y de la masificación, el más importante de esta obra. De suyo es en donde actúa con puntos de vista sociológicos que merecen comentarse. Ante todo De Man se interroga: ¿qué es la masa? ¿Cuándo aparece este concepto en la terminología occidental? Primeramente, entre 1830 y 1840 la masa significa un estamento social inferior, privado de todos los derechos. Esta realidad influye en las obras de juventud de Karl Marx. En este sentido emplea otra palabra:



“foule”. Es decir: muchedumbre, plebe, la no-sociedad. La masa, sostiene De Man basándose en otros autores, es evidentemente un fenómeno colectivo y su comportamiento es distinto del individual. El concepto más exacto y con mayor categoría científica es el que da Ortega y Gasset. El término masa —dice Ortega— no designa una clase social inferior, sino un comportamiento que corresponde al concepto corriente del individuo medio, opuesto al de la “élite” o al de aristocracia. Según esta tesis De Man, define la masa como conjunto de cierto número de componentes, no - diferenciados, y que no poseen otras cualidades que aquellas que resultan de su cantidad o de otros caracteres numéricamente mensurables. El signo distintivo es la absoluta ausencia de diferenciación, de iniciativa y de consciencia reflexiva. En otras palabras: la masa es cantidad y no cualidad, es receptiva, carece de actividad.

Así, pues, vivimos en una situación tendente a la masificación. Una de las consecuencias del mundo actual es —para De Man— la producción en serie. En un análisis histórico, investiga las distintas concepciones que regían en las etapas pre-capitalista y capitalista. Añadiendo que la burguesía representa la piedra angular sobre la que reposa la civilización occidental, y en la medida en que esta clase social desaparezca, lógicamente se deduce que se producirá la extinción y muerte de nuestra civilización.

Ahora bien: la situación en que vivimos hoy, dice De Man, es un esfuerzo hacia la democracia, un deseo de eliminar el miedo de la violencia como motivo de un comportamiento político. El mundo europeo representa un volcán en erupción constante que no se sabe cuándo y dónde estallará. De la edad liberal, enciclopedista y burguesa, Occidente ha pasado hacia una democracia socialista y de aquí a una situación de angustia bélica, que significa la entrada en una nueva etapa: la edad del miedo. Y el mundo occidental, como otras veces, intenta un esfuerzo trágico por la defensa de sus categorías específicas. Es decir: de la libertad, de la dignidad de la persona humana, del gobierno del pueblo por sí mismo y de la determinación autónoma del destino de la comunidad.

Termina De Man con unas consideraciones de tipo sociológico sobre el deber y el destino de la civilización occidental. La ciencia no podrá señalarnos nuestro destino: sólo nuestro deber. Y este deber se encuentra en desalojar categorías ajenas a nuestra tradicional cultura. Principalmente alejarnos de la influencia americana que por medio de la mecanización y la masificación representa un peligro considerable para nuestra civilización.

En resumen, los conceptos manejados en este libro incurren parcialmente en el tópico. Por eso conviene hacer alguna observación. En las explicaciones

de cátedra, el Profesor Tierno Galván, aludiendo a esta cuestión, afirma que la masa aparece como una creación de la minoría directora. Es una reacción de la superioridad a la elevación de un nivel que siempre fué bajo. En este sentido, la masificación es la liberación. Es inexacto, por tanto, hablar de la masificación como causa de decadencia de una cultura determinada.

R. M. L.

*ALAIN BRAYANCE: "Anatomie du Parti Communiste Français". Les Presses Denoël d' Aujourd'hui. Paris, 1952. 288 págs.* La lucha contra el comunismo, que ha llenado la historia de las llamadas "democracias libres" durante los años vividos de postguerra, se ha agigantado últimamente. No parece ser que la "tesis de la coexistencia" tenga alguna validez y eficacia en el juego libre de intereses políticos tan diversos y de tan contradictorios propósitos. Desde la perspectiva occidental el éxito no ha coronado los afanes de los partidos políticos anticomunistas ni de los gobiernos contrarios a la ideología de Marx. En la actualidad, no cabe duda alguna acerca de la ineficacia de los métodos que se han usado en el Oeste para combatir el comunismo. Es verdad que se conoce el sistema comunista desde el ángulo doctrinal, en cuanto que es un conjunto de principios y formas de conducta emanadas de la doctrina marxista. Pero, si en aquel aspecto atinadas y contundentes han sido las impugnacio-

nes hechas al comunismo, en la realidad social su sistema impera y no parece que se halle próximo su desvanecimiento.

En definitiva, se ignora lo que sea el comunismo práctico, el comunismo de carne y hueso. Es verdad que a través de relatos, más o menos fabulosos o míticos, se brinda una versión singular y multiforme de lo que sea el comunismo. Pero esto, más que coadyuvar a su derrota, contribuye a incrementar la especie psicopatológica de desconfianza en que hoy está inmerso el mundo. La burguesía, que se ha caracterizado en la lucha anticomunista, carece así de unos instrumentos adecuados con que combatir a ese enemigo ingénito suyo. Por todo ello, parece oportuno examinar la organización y funcionamiento de los Partidos comunistas de las democracias libres, al objeto de asegurar con un máximo de probabilidades el éxito de esa lucha, que, al menos, será garantía cierta de la subsistencia de los sistemas demócraticos.

Queda de este modo justificada la publicación que hizo M. Brayance de un notable estudio sobre la organización efectiva del Partido comunista, aunque su labor sea unilateral, referida exclusivamente a Francia. Su libro "Anatomie du Parti Communiste Français", de que al presente nos ocupamos, merece singular elogio a causa de la claridad, sistemática y verismo con que se halla escrito. En la lucha que un gran sector de